

O. G. Sonneck (ed.)

**Beethoven contado a través
de sus contemporáneos**

Traducción de
Ana Pérez Galván

Alianza Editorial

Título original:
Beethoven: Impressions by his Contemporaries

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Ana Pérez Galván, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027, Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-852-6
Depósito legal: M. 80-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prólogo, por Patrick Alfaya	9
Prefacio	13
1. La historia de Gottfried Fischer	17
2. Christian Gottlob Neefe (1783)	25
3. Mozart (1787)	27
4. Carl Ludwig Junker (1791)	29
5. Johann Schenk (1792)	33
6. Franz Gerhard Wegeler (1794-1796)	37
7. Frau von Bernhard (1796-1800)	41
8. Johann Wenzel Tomaschek (1798)	45
9. Carl Czerny (hacia 1800)	47
10. Las condesas Giulietta Guicciardi y Therese Brunswick (hacia 1801) ..	57
11. Ignaz von Seyfried (1799-1806)	61
12. Ferdinand Ries (1801-1805)	73
13. Joseph August Röckel (1806)	87
14. El barón de Trémont (1809)	97
15. Bettina von Arnim y Goethe (1810-1812)	105
16. Ignaz Moscheles (1810-1814)	119
17. Louis Spohr (1812-1816)	125
18. Johann Wenzel Tomaschek (1814)	131

19. Cipriani Potter (1818)	139
20. Anton Schindler (1819)	143
21. Maurice Schlesinger (1819)	145
22. Sir John Russell (1821)	147
23. Rossini (1822)	151
24. Rochlitz (1822)	157
25. Wilhelmine Schröder-Devrient (1822)	167
26. Louis Schlösser (1822-1823)	171
27. Edward Schulz (1823)	187
28. Franz Grillparzer (1823)	193
29. Weber (1823)	199
30. Liszt (1823)	203
31. Anton Schindler (1814-1827)	205
32. Ludwig Rellstab (1825)	217
33. Sir George Smart (1825)	233
34. Gerhard von Breuning (1825-1827)	239
35. Friedrich Wieck (1824 o 1826)	249
36. Dr. Spiker (1826)	251
37. El final (1827)	255
38. El funeral	269
39. La oración fúnebre de Franz Grillparzer	273

Prólogo

La edición de este libro en castellano tiene cierta deuda con el gran chelista y escritor británico Steven Isserlis. Hace ya bastantes años, Isserlis me habló de la recopilación que el lector tiene entre sus manos como uno de sus libros musicales preferidos. Siendo Isserlis un hombre de un carácter ingenioso y dotado de un gran sentido del humor, pensé que valía la pena que me hiciese con un ejemplar, a fin de comprobarlo por mí mismo. No voy a decir que mi sorpresa fuese mayúscula —como he dicho, Isserlis me había hablado del contenido, y el título, *Beethoven contado a través de sus contemporáneos*, no deja lugar a dudas—, pero sí fue un grato descubrimiento encontrarme con esta interesante selección de textos relativos a Beethoven salidos de las manos de sus coetáneos.

Creo que, en muchos casos, y evidentemente reconociendo las importantes y encomiables excepciones, existe una prolífica literatura sobre el compositor escrita de manera que parece que se nos habla de una persona cuya singularidad le aleja irremediabilmente de lo terrenal. Sin duda, Beethoven fue una persona excepcional, pero no por destacar esta excepcionalidad debemos olvidar que era también un hombre de carne y hueso, con sus virtudes y limitacio-

nes, y este libro sirve para evocar la vertiente más humana del compositor, lo que, aunque no sea algo radicalmente nuevo, sí conviene tener siempre en cuenta, porque nos da a conocer dimensiones de su personalidad que en muchos casos se dan como sobrentendidas o se pasan por alto.

De manera sucinta y diáfana, allá por 2002, en la norteamericana National Public Radio, el pensador palestino-estadounidense Edward Said conjugó estas dos vertientes de Beethoven, su condición terrenal y su excepcionalidad, en una breve entrevista en conversación con su amigo Daniel Barenboim.

Said afirmó que Beethoven «le habla a cualquiera que le guste la música, sin importar que esa persona sea africana o de oriente medio o americana o europea. Y ese extraordinario logro se debe por completo a esta música [...] que de alguna manera expresa los más altos ideales humanos: ideales de hermandad, de comunidad, también, de añoranza; probablemente en muchos casos de añoranzas insatisfechas. Pero éstas son experiencias universales». Said habló con la autoridad de alguien que ha reflexionado en profundidad sobre la obra beethoveniana, resaltando aquello que hace inmenso al compositor; sin embargo, también abría la puerta a un Beethoven de carne y hueso, que añora insatisfecho, que, tomando las palabras de Said, habla a las personas en términos humanos y para que el conjunto de los seres humanos le podamos entender.

Lo que nos da a conocer este libro es a Beethoven como persona real que andaba, comía, amaba, detestaba, hacía sus necesidades, etc., y muchas otras cuestiones de la vida cotidiana del genio que lo hacen humano, y que por ello mismo nos cuentan mucho sobre quién era. Hay anécdotas divertidas, y otras, para algunos, incluso controvertidas (por ejemplo, cuando recomendó a Rossini que dejase la música seria y no intentase «hacer otra cosa que no sea *opera buffa*»), pero todas ellas nos acercan de manera muy natural a la esencia de la persona, y lo hacen de forma que sin duda deja muchas puertas abiertas, pero evita sumirnos en enmarañadas elucubraciones. Es la naturalidad de aquellos que le trataron directa-

mente y confiaron sus impresiones a un círculo muy reducido, o bien se guardaron para ellos mismos lo que habían vivido al conocer a Beethoven, lo que dota de un carácter poco frecuente, por su espontánea franqueza, a estos recuerdos.

A ello se suma el que muchos de estos textos se deban a personalidades artísticas reconocidas, como son Rossini, Weber o Liszt, lo cual añade interés e incluso calidad literaria a los textos. Además, los recuerdos, a modo de memorias, aunque en muchos casos escritos sin esa intención, son un retrato natural, sin artificios, de una época y de las clases intelectuales europeas que la vivieron.

Espero que lo disfruten.

Patrick Alfaya

Prefacio

Parece ser que Anton Schindler fue el primero en plantear, en su biografía de Beethoven (1845), que sería muy interesante contar con una colección de semblanzas del compositor escritas por sus contemporáneos. Esta idea sedujo a Ludwig Nohl, quien publicó en 1877 su libro *Beethoven. Nach den Schilderungen seiner Zeitgenossen* (*Beethoven contado a través de sus contemporáneos*). Aquel intento pionero ha quedado ya claramente superado por las recopilaciones, virtualmente exhaustivas, de Friedrich Kerst (primera edición, 1913) y Albert Leitzmann (1914), cuyo afán investigador e interés en el tema sitúan en un serio aprieto a cualquier futuro libro de propósito similar. De hecho, sin Kerst y Leitzmann, aportar este volumen conmemorativo al centenario de Beethoven del 26 de marzo de 1927 también habría sido, si no imposible, como mínimo poco factible.

Hace poco ha aparecido de nuevo en inglés una abundante selección de cartas de Beethoven a disposición de los estudiosos de su personalidad. Por tanto, no veíamos necesario repetir la iniciativa de otro colega editor. Además, tuvimos el honor de que recayera sobre nosotros la tarea de imprimir en la lengua materna del autor la que probablemente sea considerada por muchos años la biogra-

fía autorizada del Maestro: *Life of Beethoven*, de Alexander Wheelock Thayer, publicada en 1921 por The Beethoven Association. Esta obra monumental incluye muchas cartas de Beethoven y un número considerable de recuerdos de su personalidad por parte de sus coetáneos, pero no hay ningún libro en inglés dedicado exclusivamente a dichas semblanzas. Así pues, la sugerencia de Mr. O. G. Sonneck, nuestro vicepresidente, de concebir, compilar y glosar él mismo un volumen, de extensión razonable, que cubriera ese vacío con ocasión del centenario de Beethoven nos pareció una buena idea.

El libro no está pensado como una aportación a la biografía de Beethoven. Por ello, apenas se ha intentado «editar» las reminiscencias de los contemporáneos en cuya compañía, por así decirlo, el lector *visita* al compositor. Es decir, no se ha intentado conciliar los errores de memoria, tiempo, etcétera, con los hechos objetivos contradictorios. Podrían señalarse muchos fallos de este tipo, pero no afectan a la impresión que se llevaron de la forma de ser del Maestro aquellos que le visitaron, y nos ha parecido preferible no empañar su discurso con comentarios editoriales irrelevantes para el verdadero propósito de este volumen.

De entre las ciento cincuenta remembranzas, o más, registradas por los contemporáneos de Beethoven que le visitaron, se han escogido poco más de treinta. Sin duda, tal selección variaría de un compilador a otro, pero hemos llegado a la que aquí se ofrece únicamente por medio de un profundo análisis comparativo del material disponible, en aras del interés del lector medio americano. Naturalmente, se apreciarán muchas repeticiones, pero es algo inevitable, inherente a la propia naturaleza del tema. De hecho, no deberían evitarse, ya que es eso precisamente lo que aporta la fuerza del testimonio corroborativo y acumulativo. Habría sido difícil que Beethoven, siendo como era, se hubiera mostrado distinto con cada visita, y, sin embargo, resulta gracioso ver cómo la impresión que se llevaron de él es, en algunos casos, opuesta. Aun así, las diferencias no son tan extraordinarias como las que encontramos en los retratos contemporáneos de Beethoven.

Estas semblanzas de sus coetáneos fueron escritas originalmente en inglés sólo en muy pocos casos; la mayoría han debido ser traducidas. Algunas de las traducciones se han extraído, por cortesía de Mrs. Krehbiel, de la edición de Henry Edward Krehbiel de *Life of Beethoven*, de Thayer; otras son obra del Dr. Theodore Baker, nuestro anterior editor literario, y otras del propio Mr. Sonneck, pero la mayoría se han encargado al sucesor del Dr. Baker, Mr. Frederick H. Martens.

G. Schirmer, Inc.
Nueva York, diciembre de 1926

La historia de Gottfried Fischer

No se conoce con certeza la fecha exacta del nacimiento de Beethoven en la Beethoven-Haus de la Bonngasse, en Bonn. Fue bautizado el 17 de diciembre de 1770, así que es probable que naciera el 16 de diciembre de ese año, pero durante mucho tiempo Beethoven creyó que había nacido en 1772. Lo más probable es que su padre —al igual que otros padres de niños prodigio anteriores y posteriores a él— quisiera que pareciera más joven de lo que realmente era. En cualquier caso, cuando en 1783 se publicaron sus *Drei Sonaten für Klavier* de juventud, la dedicatoria al elector de Colonia, Maximilian Friedrich, rezaba «compuesto por Ludwig van Beethoven a la edad de once años».

Pasado un tiempo del nacimiento de Beethoven, su familia se mudó a la casa de la familia Fischer en la Rheingasse. Esto dio pie a una nueva leyenda: la casa Fischer en la Rheingasse pasó a ser considerada la casa en la que nació el compositor de *Fidelio* y la *Novena sinfonía* y donde, con el paso del tiempo, cientos de miles de personas rindieron homenaje a su memoria, hasta que se confirmó la indiscutible reivindicación de la Beethoven-Haus en la Bonngasse.

Gottfried Fischer nació en la casa Fischer en 1780 y murió en ella en 1864. Cuando tenía alrededor de sesenta años, el maestro panadero empezó a escribir, a petición de los muchos peregrinos que se acercaban hasta su hogar —la supuesta casa natal de Beethoven—, sus recuerdos de Ludwig

y los de su hermana mayor, Cäcilie, y los siguió desarrollando hasta aproximadamente 1857. Dadas las circunstancias, los recuerdos de Fischer son un extraño batiburrillo de cosas prescindibles e imprescindibles contadas con un lenguaje torpe, pero ofrecen una importante y curiosa perspectiva de la niñez de Beethoven.

Cuando Ludwig van Beethoven había crecido un poco, fue a la escuela primaria con el maestro Herr Huppert, en la casa del núm. 1091 de la Neugasse, que conecta con la Rheingasse. Después fue a la *Münsterschule*. Según su padre, no aprendió mucho en la escuela. Por este motivo le sentó tan pronto al piano y le hizo trabajar duro.

Cäcilie Fischer cuenta cómo le instruía su padre al piano. Tenía que ponerse de pie en un pequeño banco y tocar. Nuestro anterior *Oberbürgermeister*, Windeck, también lo vio.

Ludwig van Beethoven también tenía diariamente clases de violín. En una ocasión en que estaba tocando sin partitura, entró su padre y le dijo:

—Y ahora, ¿qué tonterías estás tocando? Sabes que no lo soporto. Toca siguiendo la partitura, si no, no valdrá para nada.

Cuando Johann van Beethoven tenía visita y Ludwig entraba en la habitación, solía acercarse poco a poco al piano y se ponía a tocar acordes con la mano derecha. Entonces su padre le decía:

—¿Qué haces zascandileando por aquí? ¡Vete de aquí o te doy una bofetada!

Con el tiempo, su padre empezó a prestarle atención cuando le oía tocar el violín. En otra ocasión en que entró cuando estaba tocando a su aire, sin partitura, le dijo:

—¿Es que no vas a parar con lo que te he dicho?

Ludwig volvió a tocar y le contestó:

—¿No os parece hermoso?

—Eso es otra cosa, eso te lo has inventado tú, pero aún no debes hacerlo. Aplícate al piano y al violín, toca las notas rápido y bien, eso es lo importante. Cuando lo hayas logrado, entonces podrás

hacer lo que se te ocurra; pero no pienses en eso ahora, aún no estás preparado —le respondió su padre.

Más tarde, Ludwig empezó a tomar también clases diarias de viola.

Siendo un poco más mayor, solía ir desaliñado y sucio, y un día Cäcilie Fischer le dijo:

—¡Qué sucio estás otra vez, deberías asearte!

—¿Qué problema hay? —contestó él—. Cuando sea un caballero (*Herr*) nadie se fijará en ello.

Cuando Ludwig van Beethoven ya había aprendido a tocar bien el piano con su padre y había empezado a sentirse dueño de las notas y del instrumento, se sintió preparado para recibir clases de órgano y aprender a tocarlo. Así pues, fue a hacer una prueba con el hermano Willibald de nuestro monasterio franciscano local, un profesor magistral que conocía bien a su padre, Johann van Beethoven. Con el permiso del padre superior, el hermano lo aceptó gustosamente y lo instruyó, formándolo también en el ritual de la Iglesia católica. Progresaron tanto que podía utilizarlo a menudo como sustituto, por lo que el hermano Willibald le cogió mucha estima y aprecio.

A medida que Ludwig van Beethoven fue volviéndose más audaz al órgano, empezó a pensar en tocar en uno más grande, e hizo una prueba en el monasterio de Minorite. Trabó tan buena amistad con el organista que le cogieron para tocar el órgano a diario a las seis de la mañana en la Santa Misa. Todavía puede verse allí el banco en el que solía sentarse. Había en el monasterio un tal padre Hanzmann que también era un buen organista y que tocaba asimismo el órgano cuando quería. Cuando los Beethoven daban un concierto en casa, el padre Hanzmann siempre estaba allí. Ludwig no lo aguantaba y le decía a Cäcilie: «Siempre tiene que venir aquí el monje este; ya podía quedarse en su monasterio leyendo su libro de oraciones».

Había un hombre de mediana edad en Bonn llamado Stommb que había sido músico en su día y había aprendido a componer. Decían que se había vuelto loco por eso. Solía deambular por la ciu-

dad sin decir ni mu con una batuta en la mano derecha y un rollo de partituras en la izquierda. Cuando llegaba a la planta baja del número 934 de la Rheinstrasse, donde no le esperaba nadie, daba con la batuta en la mesa de la planta baja y señalaba hacia arriba, a la casa de los Beethoven, como indicando que también allí había músicos, y luego marcaba el tempo con la batuta sobre el rollo de partitura, sin decir palabra.

Ludwig van Beethoven solía reírse de ello, y una vez dijo: «Eso demuestra lo que pasa con los músicos: la música ya ha vuelto loco a éste. ¿Qué será de nosotros?».

Y es como si el músico atolondrado fuera consciente de ello, ya que al salir a la calle apuntaba a los aposentos de Beethoven, daba con la batuta en la partitura y se iba.

Si aceptamos el viejo dicho de que los niños y los locos siempre dicen la verdad, entonces cabría suponer que quería decirnos que Ludwig van Beethoven llegaría a ser un gran hombre y sería mundialmente conocido.

A Cäcilie Fischer solía enfadarle mucho que el loco siempre entrase solamente en su casa y asustara a los criados.

Los tres hijos de Herr Johann van Beethoven —a saber, Ludwig, Kaspar y Nikolaus— velaban celosamente por la honra de sus padres. En las ocasiones en que su papá estaba con alguien y bebía un poco más de lo debido —lo cual no era muy habitual—, cuando sus hijos se daban cuenta de ello, se plantaban allí los tres enseguida, preocupados, y trataban, de la forma más suave posible, de hacer que su padre se fuera a casa tranquilamente con ellos para que no montara una escena. Le decían con ternura: «*O Papächen, Pöpächen!*», y él obedecía. Cuando se emborrachaba, no se ponía conflictivo, sino animado y alegre, así que los que estábamos en la casa apenas nos enterábamos.

En ese momento, Ludwig ya se consideraba igual a su padre en el terreno musical. Su hermano Kaspar había aprendido todo lo que tenía que aprender tanto en el colegio como en sus estudios de las hierbas, para que, llegado el momento, lo cogiera un boti-

cario como aprendiz. Los dos hermanos eran atrevidos y aventureros: cuando podían hacer alguna trastada, se lo pasaban en grande, riéndose a carcajadas; Ludwig, como siempre, arqueando la espalda como un gato.

Por entonces, la señora Fischer tenía gallinas y llevaba un tiempo preguntándose por qué ponían tan pocos huevos. Vigilaba, pero no pillaba a nadie. Hasta que un día salió al corral despreocupadamente y se encontró con que Ludwig se había colado por la verja dentro del gallinero. Frau Fischer le dijo:

—Ajaja, Ludwig, ¿se puede saber qué haces ahí?

—Mi hermano Kaspar ha tirado mi pañuelo dentro y me he metido a cogerlo —contestó éste.

—Sí, claro, a lo mejor por eso estoy recogiendo tan pocos huevos —respondió Frau Fischer.

—Oh, Frau Fischer —dijo Ludwig—, las gallinas muchas veces esconden los huevos; pero así, cuando los encontréis, os alegraréis aún más. También dicen que hay zorros, y también roban huevos.

—Pues a mí me da la impresión —respondió Frau Fischer— de que tú eres precisamente uno de esos zorros pillines. ¡Qué va a ser de ti!

—¡Oh, quién sabe! —dijo Ludwig—. Según usted, ¡hasta ahora sólo soy un zorro de la música! (*Notenfuchs*).

—Sí —cerró la conversación Frau Fischer—, ¡y también un zorro de los huevos! (*Eierfuchs*).

Dicho lo cual, los dos chiquillos salieron corriendo riéndose como granujas. Frau Fischer no pudo evitar reírse con ellos y no fue capaz de exigirles cuentas por su travesura.

Una mañana de verano, temprano, un gallo había salido volando de otro corral y se había posado sobre el tejado del edificio trasero de los Fischer, donde dormían los padres de Ludwig, dando a la calle. Los tres chicos dormían en el lado que daba al corral, y Ludwig vio al gallo inmediatamente. Los hijos de los Fischer también dormían en el lado que daba al corral y también lo habían visto. Así que decidieron observar la escena sigilosamente para ver cómo acababa la diversión.

—Me parece que ese gallo es un fatuo jinete joven; aún no tiene espuelas. ¡Mira, mira lo digno que se pone! ¡Cuando le pille, le voy a marcar el paso bien marcado! —dijo Ludwig. Ludwig y Kaspar salieron al corral a hurtadillas y le ofrecieron pan al gallo para engatusarlo hasta que lo cogieron. Entonces le retorcieron el cuello para que no gritara, subieron corriendo al desván y se echaron a reír. Seguramente habían acordado con la criada que cocinara el gallo cuando se fueran sus padres.

Al día siguiente, el hijo del dueño de la casa, Johann Fischer, le dijo a Ludwig:

—El gallo ha debido de hacerse músico, porque oí que cantaba la parte de un alto.

Se rieron y Ludwig contestó:

—Yo también me he hartado de ese alto cuando estaba bien asado. Pero espero que no se lo cuentes ni a papá ni a mamá, o tendremos que salir los tres corriendo de casa.

—Oh —contestó el otro—, y a mí qué me importa el gallo. ¡Que se hubiera quedado en su corral!

Ludwig le dijo que antes uno podía quedarse por ley todo aquello que se encontrara de buena mañana que se hubiera colado en su corral.

—Es cierto, y la gente debería cuidar más de sus animales, porque pueden liar una buena.

Más adelante, no puede decirse que a Ludwig le preocuparan mucho las amistades o las relaciones sociales. Cuando tenía que concentrarse en la música o trabajar solo, cambiaba de actitud y exigía que se le respetara. Sus momentos más felices eran aquellos en los que se liberaba de la compañía de sus padres —lo cual no sucedía muy a menudo—, cuando toda la familia estaba fuera y se quedaba solo. De este modo progresó tanto que a los doce años ya se inició como compositor y a los quince fue nombrado organista, y para subir a la galería de la iglesia de la corte con su padre se ponía una espada en el costado izquierdo para mostrar su rango.

El atuendo de gala de los músicos de la corte era: levita color verdemar, pantalón bombacho verde con hebilla, medias de seda

blanca o negra, zapatos con lazo negro anudado, chaleco bordado con solapas en los bolsillos y atado con un cordón de oro auténtico, pelo rizado y recogido en una coleta, sombrero sujeto bajo el brazo izquierdo y espada en el costado izquierdo con cinturón plateado.

El antiguo aspecto de Herr Ludwig van Beethoven: bajo y grueso, ancho de hombros, cuellorcorto, cabezón, nariz rechoncha, tez muy morena; y siempre inclinado un poco hacia delante al andar. Cuando era niño, en nuestra casa solían llamarle *der Spagnol* (el español).

Una mañana, Ludwig estaba en su habitación con vistas al corral mirando fijamente un punto, con la cabeza apoyada entre las manos contra la ventana. Cäcilie Fischer cruzó el corral hasta él y le preguntó:

—¿Qué te parece, Ludwig? —pero él no la contestó.

Cuando ella le preguntó después qué quería decir con ello, ya que «no responder también es una respuesta», él contestó:

—Oh, no, no es eso; perdóname; es sólo que estaba en un pensamiento tan bello y profundo que no soportaba que me interrumpieran.

Beethoven tenía unas vistas preciosas del Rin y de la otra orilla desde su ático, la vista de las Siebengebirge tal como se veían desde la vieja casa de aduanas. Había dos telescopios en el ático, uno pequeño y otro grande; con ellos se podía ver hasta veinte millas de distancia. Aquello era un placer para Herr Ludwig, pues a los Beethoven les encantaba el Rin.

A medida que Ludwig iba progresando día tras día en música y composición y vendía sus composiciones a desconocidos, se fue haciendo tan famoso por todas partes que muchos melómanos iban a visitarle desde lugares lejanos del extranjero por pura curiosidad y le pedían que diera un pequeño concierto para oírle tocar. Entonces, cuando era posible, Herr Johann van Beethoven hacía llamar a unos músicos y ofrecía un concierto en su cuarto. Seguramente los caballeros le pagaban bien por ello, aunque no se sabe.

Cuando el trasiego de desconocidos fue volviéndose cada vez peor, Herr Fischer acabó diciéndole a Herr Johann van Beethoven: «Si no fuera panadero, no me preocuparía todo este revuelo de forasteros; podría descansar por la noche. Pero como soy panadero y

tengo que hornear por la noche, necesito dormir por el día; no lo aguanto más, me voy a poner enfermo. Herr van Beethoven, siento decirlo que debéis buscaros otro alojamiento».

Johann van Beethoven decía a menudo: «Ahora mi hijo Ludwig es mi única alegría; está progresando tanto en música y composición que todo el mundo lo mira con admiración. Mi Ludwig, mi Ludwig... Estoy seguro de que llegará a ser un gran hombre a nivel mundial. ¡Los que estáis aquí reunidos y viváis para verlo, recordad mis palabras!».

Christian Gottlob Neefe (1783)

Cuando a la tierna edad de doce años Beethoven había empezado a ayudar a su profesor con el órgano y a hacer de cimbaletero en la orquesta de la ópera, Christian Gottlob Neefe (1748-1798), organista de la corte en Bonn para el elector de Colonia y compositor de *Singspiele* —en su día tan populares—, publicó el 2 de marzo de 1783 la siguiente comunicación profética (la traducción utilizada aquí es la de Thayer, I, 69) en la *Magazin der Musik* de Cramer:

Louis van Beethoven, hijo del mencionado tenor, es un niño de once años de un talento de lo más prometedor. Toca el clave con gran destreza e ímpetu, lee muy bien a simple vista y, en definitiva, toca prácticamente entero *El clave bien temperado* de Sebastian Bach que le entregó Herr Neefe. Quien conozca esta colección de preludios y fugas en todas las tonalidades —que bien podría considerarse el *non plus ultra* de nuestro arte— sabrá lo que esto significa. En la medida en que sus deberes se lo han permitido, Herr Neefe también le ha instruido en el bajo continuo. Ahora le está enseñando composición y, para motivarle, ha hecho que impriman en Mannheim nueve variaciones para pianoforte compuestas por él a partir de una marcha [de Ernst Christoph Dressler]. Habría que ayudar a este joven genio a viajar. Si continúa como ha empezado, sin duda se convertirá en otro Wolfgang Amadeus Mozart.